



CONFRANC.
ONSA
ZA,
Profundon
ULLINS
TA
nctas
p/o
R
kshul

Rosario Raro



El cielo sobre Canfranc

Estimados lectores,
de la biblioteca del
Museo del Ferrocarril,

espero transportaros,
con este novela
al corazón del
Pirineo y que
allí os encontréis
con estos personajes
tan reales.

 Planeta

Rosario Raro.

El pueblo originario de Canfranc está a dieciséis kilómetros al norte de Jaca, en la provincia de Huesca, España. Canfranc Estación, o los Arañones, cuatro kilómetros más arriba, en dirección a Francia. Estos dos núcleos de población, además de compartir nombre, tienen una gran historia en común.

En la Europa de la Segunda Guerra Mundial, desde Berlín, Varsovia, Budapest, Viena y otras muchas ciudades que estaban bajo el dominio del Tercer Reich, se desplazó a miles de personas en vagones de mercancías y ganado con el suelo cubierto de paja y las tablas tan separadas que no guarecían del frío glacial del exterior, sino que lo transportaban dentro, como una continuidad de la desolación. Se dirigían a Dachau, a Auschwitz-Birkenau, a Bergen-Belsen, a Buchenwald, a Mauthausen y a otras tantas sedes del horror de las que entonces aún se desconocía el nombre.

Quienes lograban escapar del genocidio en dirección contraria, además de pasaportes, visados, salvoconductos, pasajes marítimos, billetes para el ferrocarril y mucha suerte, precisaban, sobre todo, de la ayuda de quienes fueron, aparte de héroes, muy humanos.

Las redes de evacuación de la Resistencia los salvaron de convertirse en humo y cenizas, dolor y vacío. Muchos llegaban a Marsella, seguían después hasta Toulouse y, des-

de allí, hasta las montañas del Pirineo, donde atravesaban el Somport, el *summus portus* latino, el puerto más alto, para aparecer, por fin, en Canfranc. Ese lugar era la gran esperanza para muchos perseguidos por el régimen nazi, pues desde allí se deslizaban por la columna vertebral de Aragón dentro del *wagon lit* de las seis de la mañana, el tren de coches cama que los llevaría a Lisboa, donde tomarían el barco para cruzar el océano y comenzar una vida nueva. Sin raíces, pero también sin bombas. Y lejos de las largas sombras amenazantes.

La joven Valentina Báguena fue una de las colaboradoras más activas en estas maniobras de salvamento hasta que su encuentro con el paracaidista alemán Franz Geist trastocó todas sus certezas. A partir de este suceso, descubrió que la guerra cambia por completo la forma de vivir, de pensar y, sobre todo, de amar.

«Dios conoce nuestros nombres y a veces los pronuncia.
Entonces, la vida nos saca a bailar».

VALENTINA BÁGUENA

«Aunque parezca un espejismo vertical, la estación de Canfranc en la comarca de la Jacetania, en el Alto Aragón, es real. Doy fe de ello. Tiene una belleza extraña, como si fuera el último palacio en pie de un imperio que ya no existe o un transatlántico lujoso lanzado durante una tormenta contra el corazón del Pirineo.

La primera vez que estuve ante este edificio pensé que se trataba de una ilusión óptica. “¡Fata Morgana!”, exclamé. A este fenómeno visual se le llama como a la hermana del rey Arturo, el hada mutante de la leyenda. Estos espejismos aparecen en el horizonte con forma de castillos, barcos, ciudades enteras... o estaciones ferroviarias. Son presencias ficticias, pero con volumen, que surgen por un cambio de temperatura y que flotan en el aire convertido en una lente refractante.

Llegué hasta Canfranc por el cielo y después en tren desde Les Forges d’Abel. Lo que me sucedió en estos dos lugares agitó mis sentimientos mucho más que la guerra. Muy cerca de la boca norte del túnel de Somport, en Aquitania, me subí en una montaña rusa emocional y comencé un recorrido por un parque de atracciones emplazado en un lugar insólito: mi alma».

FRANZ GEIST

PRIMERA PARTE

Lunes, 24 de abril de 1944
Forges d'Abel, valle de Aspe, Francia

Aquel día de primavera del quinto año de la guerra, el paracaidista alemán de la división Brandeburgo Franz Geist sobrevolaba los Pirineos en un Fieseler Fi 156 Storch. El paracaídas con forma de umbrella de medusa no era fácil de dirigir, pero contaba con una indiscutible ventaja sobre otros modelos: permitía tener las manos libres y descender sujetando el arma.

Era la primera vez que Franz saltaba solo.

Sus prácticas de instrucción en los Alpes debían haberle otorgado destreza y valentía, pero de aquel tiempo solo recordaba las risas nerviosas de sus compañeros antes de bañarse en aire. Al uniforme de salto lo llamaban «bolsa de huesos». De esta forma tan gráfica se referían los paracaidistas al peligro que corrían. Los entrenamientos de marcha rápida los acompañaban siempre con la misma canción; decía: «Viene el vehículo Sanka y recoge tus restos». Que el nombre del avión, Storch, significara «cigüeña» parecía una broma, pues depositaba a sus ocupantes como si fueran recién nacidos, pero en el que podía ser su último destino.

Franz debía aterrizar muy cerca de la estación de tren

de Forges d'Abel después de lanzar desde el avión unos fardos con provisiones y armas para el destacamento de Canfranc. Cuando volaban a tan solo unos cien metros del suelo, el piloto le gritó el consabido «Glück ab» para deseársela suerte.

El ritual comenzaba. Alzó los brazos ante la puerta del avión y flexionó las rodillas; parecía un soldado que se rendía. «Que sea lo que Dios quiera», pensó, y como todas las veces anteriores se refugió en lo que le daba más fuerza: el rostro de una mujer joven a la que había creado durante sus ensoñaciones para que le sirviera de talismán. En sus ratos libres la dibujaba como si con ello persiguiera invocarla.

Una patrulla acababa de llegar al mismo punto sobre el que Franz caería. En aquellos momentos de la guerra era mucho más difícil enviar suministros a la estación del Pirineo. En esa zona, su ejército era vigilado muy de cerca por las llamadas Fuerzas Francesas de Interior, que incluían varias organizaciones clandestinas de la Resistencia: la Organisation de Résistance de l'Armée, la Armée Secrète o los Francs-tireurs et Partisans, que, desde principios de ese año, se habían unido y militarizado para luchar contra el régimen de Vichy y las fuerzas de ocupación alemanas.

La misión de Franz consistía en llevar hasta allí aquellos bultos y, con la ayuda de los soldados del vehículo, transportarlos hasta el puesto de la estación de Canfranc, donde los esperaba el capitán Wagner. No había más logística que esa para salvar el último tramo.

Canfranc tenía para los combatientes alemanes unas resonancias muy gratas, el control de la frontera en ese enclave lo había convertido en un remanso de relativa paz en medio de la carnicería que no cesaba en Europa. Para Franz, además, sería el lugar de reencuentro con su amigo de infancia y juventud, Helmut Skieller, que estaba allí en

un descanso del frente. Volverían a estar juntos como en la vieja fotografía del colegio de Hanau, su ciudad natal, que era también la de los famosos hermanos Grimm. En la otra imagen que conservaba de ambos, aparecían sentados en una escalera con una chica que había estado muy enamorada de Helmut.

Aparte de los soldados, permanecían en Canfranc algunos agentes aduaneros. Muchos habían realizado antes su trabajo en Irún. También se encontraban desplegados en el mismo puesto los brigadistas del Regimiento noventa y ocho de Infantería de Montaña de Baviera.

A Franz solo lo separaba de todos ellos un salto y, cuando cayera la noche, el trayecto posterior a través del túnel ferroviario de Somport. Él no podía marcharse en el vehículo de patrulla con sus compañeros porque su uniforme apuntaba de una forma demasiado directa al cielo y a la naturaleza de la carga que transportaban. Pero primero el paracaídas debía abrirse antes de alcanzar los treinta metros de altura y su postura tenía que ser la correcta para que la ráfaga de aire de las hélices no lo arrastrara debajo de la aeronave. Debía impedir también que las cuerdas se le enredaran en las piernas. Para evitarlo, aprisionaba la del cabestrante con los dientes.

Cien metros, diez segundos.

Su vida no solo dependía de esa aritmética, sino que estaba a merced del viento y del azar. Rezó, cerró los ojos y se dejó caer.